

EL IDEAL

PATRIA Y REPÚBLICA—MORALIDAD Y JUSTICIA

Unión republicana. Federación Ibérica. Procedimiento revolucionario. Cortes Constituyentes. Respeto á la legalidad republicana.

Véanse al principio de la cuarta plana del periódico, las condiciones de suscripción.
En la misma, los precios de los anuncios, así en España como en el extranjero.

TODA LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ EN ESTA FORMA:

EMILIO PRIETO Y VILLARREAL
Calle de Almagro, número 4, tercero, derecha.

De los artículos publicados en la sección titulada PO-LÉMICA, serán responsables sus autores.
Número especial, los domingos.—No se devuelven los originales.

POR LA IDEA

NEVA CALAMIDAD

Triunfo el proteccionismo francés en la persona de Mr. Méline; lo peor del caso está en que el nuevo ministro de la República vecina representa para España la pérdida total de las esperanzas que se cifaban en un arreglo comercial con Francia.

Por supuesto, que ya ha mediado el conflicto nuestro presidente del Consejo, merced al paro-privilegio que tiene de tratar todos los asuntos con la sencillez campesina primitiva del que espera en Dios remedio para sus males.

No haya cuidado—ha dicho el Sr. Sagasta—todo se arreglará, porque el Sr. Méline, que no es tan exagerado en sus opiniones económicas como antes... Lo cual, en buen romance, quiere decir que nosotros tenemos que esperar el bien de la magnanimidad de los vecinos, porque las intenciones de nuestros gobernantes bien conocidas son.

A las conocidas hay que añadir una calamidad nueva. Se cerrarán las fronteras para nuestros productos, se sustraerá vida, la poca que le queda, á nuestro comercio. Los cambios subirán á increíbles alturas, y á pesar de todo, el ministerio fusionista se sentirá tan satisfecho por creer que ha resuelto la aflictiva situación de España.

Ya lo saben los agricultores, se quejaban de los entorpecimientos, de la paralización que les empobrecía, pues ahora se aumentarán los desastres. Los fusionistas representan, según ellos dicen, las economías, en medio de todo, con verdad, porque de esta hebra va á economizar la alimentación de cuantos trabajan, de cuantos viven á expensas de los otros. Los únicos que por ahora tienen asegurado el pan son los que, á la sombra de las credenciales, miran con ojos compasivos, pero con una cierta tranquilidad, la ruina lenta de la patria.

UN RECUERDO

Conviene recordar estas palabras pronunciadas por el Sr. Sagasta pocos días antes de subir al poder:

«Me entristece la situación presente y temo graves conflictos. Decrecen nuestras importaciones, decrecen los rendimientos de Aduanas, decrece el movimiento comercial, decrece la masa de riqueza circulante, decrece la entrada y la salida de los barcos de nuestros puertos, decrece la recaudación de impuestos, decrece, en fin, todo elemento de prosperidad nacional.»

Sólo aumentan el déficit y los escándalos administrativos.
De los tratados no hay que hablar. Por falta de habilidad ó sobre de desgracia en el gobierno, no hay que contar con que se haga el tratado de comercio con Francia.

Y lo peor es que los ministros creen ó afectan creer que estamos en el mejor de los mundos.»

Y como siguen decreciendo nuestras exportaciones y los rendimientos de Aduanas, y el movimiento comercial y la masa de riqueza circulante, etc., etc., y no hay que contar con el tratado con Francia ni con nada de lo que echaba de menos el actual presidente del Consejo; tenemos derecho á creer que estos ministros, como los otros, son igualmente responsables del estado de ruina en que el país se encuentra. Nuestra misión ha de ser necesariamente combatirlos á todos con igual energía, auxiliados por cuantos sufren las consecuencias de tanto desgobierno y convencidos de que todo el país, aunque sólo sea por instinto de conservación, tendrá que alzarse como un sólo hombre en la única forma de protesta posible contra los que se obstinan, en disponer, á su antojo y para su beneficio, de los destinos del país.

LA LISTA CIVIL

Tienen razón los Sres. Cánovas y Sagasta, jefes alternos, según el turno pacífico de los gobiernos posibles en la monarquía. Tienen razón sobrada. Nadie toque á la lista civil! Según el criterio de tan esclarecidos personajes, poner mano en la más elevada é inverosímil de las nóminas de España, sería una especie de desacato. Y nosotros, siguiendo lógicamente los razonamientos de los ilustres prohombres que se oponen á que se disminuyan los salarios de la casa real, podemos decir. Hay respetos que se cotizan por millones ó si mejor se quiere, hay millones que se cotizan como respetos. La fe monárquica parece tibia cuando regatea monedas de cinco duros y el catecismo de los creyentes dinásticos puede formarse con billetes de á mil pesetas. Por eso afirmamos que los Sres. Cánovas y Sagasta tienen razón al oponerse energicamente á que se reduzcan las pagas reales.

Es preciso convenir en que algunas cosas sólo tienen por explicación la necesidad de dinero. Ciertos papeles sólo por los cuartos pueden representarse y en último término la codicia sirve para comprender muchos sucesos históricos. Quitarle á un rey parte de la lista civil es quitarle parte de la soberanía. Los reyes que no cobran mucho, no se conciben. Quede para las Repúblicas eso de tener jefes modestos que no perciban más retribución que la necesaria para vivir con arreglo á su categoría. Los presidentes de las Repúblicas son siempre ciudadanos que antes de llegar á la suprema magistratura supieron ganarse la vida y pueden después, al dejar su puesto, volver al trabajo; pero los pobres reyes no pueden trabajar, y si no ahorran tienen en perspectiva los apuros de aquellos monarcas desterrados que pintó Daudet, errantes por París, arrastrando los andrujos de sus caídas majestades...

¡Ah! no puede ser. Que no rebajen la lista civil y si la rebajan que sea poquito; un par de milloncitos ó cosa parecida.

De la rebaja, ya se encargará el verdadero tío Paco.

Tijeretazos

Damos las más expresivas gracias á todos los colegas que saludan nuestra aparición en frases lisonjeras y corteses.

En Santa Cruz de Tenerife han ocurrido varios desórdenes y se anuncian otros, dada la intranquilidad y agitación del vecindario.

Bueno, esto no le puede extrañar á nadie, porque toda España está así, intranquila.

De manera que dentro de poco podremos modificar el diccionario de la lengua, diciendo:

HOMBRE PACÍFICO. El que cobra una nómina.

Los sevillanos, que además de atentos y obsequiosos, son gentes de buen humor, han dispensado á Castelar todo género de atenciones, durante las fiestas de Semana Santa.

En prueba de ello, vean nuestros lectores el siguiente telegrama:

«Al pasar á las cuatro de la madrugada la imagen de la virgen de la Esperanza por delante del palco del Sr. Castelar, los cofrades hicieron detener el paso y en medio de la expectación general, lo colocaron enfrente del gran tribuno para que éste pudiera contemplar bien la santa efigie.»

El corresponsal añade que el eminente tribuno se emocionó vivamente.

Y nosotros también. Ahí es nada poner frente á frente del eminente tribuno una virgen.

Si es broma puede pasar; más á ese extremo llevada, ni puede probarnos nada ni os la hemos de tolerar.

Es decir, el que no debía tolerar esas cosas á los cofrades sevillanos, era el propio D. Emilio.

Si no hubiera llegado ya al límite de la tolerancia.

La armonía monárquica sigue perfectamente. El Sr. Villaverde, para probarlo, se dispone á pronunciar un discurso, silvestre puro.

Y el Sr. Cánovas odia á los silvestristas con toda su fuerza.

De manera que los monárquicos son pocos, pero en cambio están mal avenidos.

Dice *El Imparcial* que el gobierno necesita elegir entre el Ayuntamiento ó el alcalde.

A nosotros nos parece que la elección es distinta. El gobierno tiene que ver á quién prefiere entre los Sres. Aguilera y conde de San Bernardo.

Porque todos los fusionistas son unos, pero la armonía no parece.

Al fin, las cosas se inclinarán al gobernador, y es natural que el Sr. Aguilera pese más sobre el ministro de la Gobernación.

En una de las actas recién presentadas en la Secretaría del Congreso, se hacen constar las siguientes alteraciones: 1.ª, por raspadura; 2.ª, por adulteración; 3.ª, por adición de letras; y 4.ª, por supresión. Y como ésta son las tres cuartas partes de las actas.

De modo que de la futura representación del país no se puede decir que está «deshonrada antes que nacida.»

Porque Sagasta, que es el inventor de la frase, prefiere que estén raspaduras y adulteradas.

Un periódico ministerial habla de la violencia y de la crudeza de frase que emplean los republicanos.

Tiene razón que le sobra el atildado colega para quejarse de nuestro naturalismo.

Todavía no hemos podido aprender las formas corteses y el vocabulario escogido de los fusionistas.

Que llaman á la apostasía, evolución.

Y al robo, irregularidad.

Nuestro colega *El Globo* reproduce el siguiente párrafo del manifiesto que el conde de París ha dirigido desde Villamanrique á las dos docenas de correligionarios con que cuenta en la vecina república.

«Secundado por mi hijo, que ha probado ya el ardor de sus sentimientos franceses, no retrocederé ante ningún esfuerzo para levantar el prestigio de la patria.»

También son de *El Globo* los oportunos comentarios que siguen:

«Ya recordará el lector la odisea del joven duque de Orleans cuando quería á toda costa residir en Francia para servir en el ejército por amor á su país.»

El cual amor resultó luego complicado con el que tenía á una cantante, casada ella, que dió no poco que hablar, y que le dió un disgusto en forma de timo adúltero-jurídico.

No sabemos si el proceso Melba serán las pruebas y el ardor, á los cuales se refiere el señor conde de París.

Es posible. Porque los pretendientes rinden más culto á Terpsicore que á Marte.

Y si no que lo diga *El Siglo Futuro*.

Carta de Magalhaes Lima

Sr. D. Emilio Prieto

Mi muy querido amigo:

EL IDEAL es aquí un título que vale por todos los títulos. La falta del ideal en los pueblos ha sido el origen de su ruina y de su decadencia. La conquista del ideal será para el porvenir el más sólido elemento de reconstrucción política y de regeneración social.

Felicito á usted vivamente por su obra y yo también me felicito por su resolución.

Un periódico republicano es un arma de guerra asestada contra la ciudadela enemiga. El periodista es también soldado. El fusil y la pluma hieren con la misma intensidad. La herida moral puede producir la muerte como la herida física. La que hace falta es tener soldados diestros en la lucha. Usted es más que un soldado, porque es un jefe eminente. El campo está preparado; ¿qué nos resta, pues? Dar la señal del combate, y nadie mejor que usted puede hacerlo por su autoridad, por su carácter y por su civismo.

¡Patria y República! ¡Federación Ibérica! He aquí el programa común de la democracia española y portuguesa. Queremos la República para levantar la Patria enteramente y la federación Ibérica para engrandecerla á los ojos del extranjero.

Nuestra obra es algo más que peninsular, porque es europea. Patria y República son sinónimos. La península continuará incompleta, mientras no realice la federación. Federación, es, por consecuencia, sinónimo de derecho, de progreso, de democracia y de solidaridad.

El pensamiento de una federación peninsular, como solución de una política liberal, positiva y humana, está en la conciencia de todos, españoles y portugueses, porque significa emancipación moral y emancipación material.

Que los reyes quieran ó no quieran, que los conservadores lo deseen ó no, á ella llegaremos, porque la federación se impone á los dos pueblos en nombre del ideal y de los supremos intereses de la patria y de la democracia.

Estrecho su mano y abrigo la confianza de que no estamos lejos de la realización de nuestros ideales.

Para esta gran obra de amor, de verdad y de justicia, cuente siempre con su leal y sincero amigo,

MAGALHAES LIMA.

Agradecemos muy de veras cuanto recrea de *EL IDEAL* dice nuestra querida amiga Sr. Magalhaes Lima y cuente con nuestra ayuda para cuanto antes se realicen los ideales de los dos pueblos hermanos.

A NUESTROS LECTORES

Reproducimos en este número la parte de LOS GIRONDINOS que publicamos ayer en el folletín.

Paréntesis

Vivero de tiples

Vivía yo vecino á uno de los teatros con cuerpo de coros.

En los primeros días era imposible hacer cosa de provecho en mi casa.

Llegaba á nuestros oídos una serie de lamentos dolorosos y de sonidos inarticulados que me recordaban aquel cuento de Edgar Poe *El Doble asesinato de la calle de la Morque*.

¿Será algún orangután asesino el que anulla?

Pero supe por una de mis huries de cocina y servicio doméstico, que los gritos inarticulados eran de coristas hembras.

—Señorito, ya he sabido qué es eso que suena,

—¿Cuál?

—Esos escándalos que oímos á diario,

—Ya.

—Es que ensayan las chicas del coro, en el teatro de al lado; vamos, aquí, en la casa inmediata,

—Ah!

—Y no sabe usted lo mejor,

—¿Qué es lo mejor?

—Que desde la ventana de mi cuarto se las ve,

—¿A quiénes?

—A las cantantes; se visten ahí enfrente,

—¿Con que se las ve?

Vamos á estar en grande.

—Ya lo creo.

Efectivamente; en cuanto empezó la temporada, empezamos á ver á las chicas del cuerpo de coros.

Es decir, á todos los cuerpecitos del coro de señoras y señoritas.

¡Pobrecitas!

¿Qué trabajo el suyo!

Ensayar en invierno, como me decía una de ellas, —á las nueve de la mañana!

Y salir del teatro á las cuatro de la tarde, para volver á las siete y media!

Y después de la función, algunas noches, ensayos con todo ó con el maestro solo!

Y costearse la ropa limpia y la de calle, y algo de la de teatro, con dos ó tres pesetas de sueldo!

Y vestirse y desahucarse con arreglo á la época en que sobreviene la acción ó la batalla de la obra que interpretan!

—Así es que la infeliz no tiene persona que la abo- ne, como las nodrizas honestas, ni vivir puede con el sueldo.

Es verdad que no contando con un padrino, ni siquiera logra contratarse.

A consecuencia de mi vecindad y de verlas y de oirlas, llegué á enamorarme de una de ellas.

¿Qué muchacha! era un ángel de hermosura y otro ángel cantando; pero ángel con sordina.

Tenía su respectivo paraíso.

La Cruz blanca, *El Certamen*... todas las obras clásicas y las románticas, exceptuando la de Wagner y las del maestro La-gartijo.

Nuestras relaciones eran puras como su voz, y castas y casi priinitivas.

Ella era muy sensible.

No consentía en que yo la visitara en su casa.

—Mi casa, —me decía, —es el nido de la honradez, el oasis en el desierto social.

Frases de Spencer y de Schopenhauer, que ella conocía y que nunca me dijo cómo, aun cuando lle-gué á saber que las había tomado de viva voz de un chico estudiante de los que me habían precedido en su casto corazón.

—Mi mamá no vive, —me decía.

Pobre señora ya muy ancianita, ¿eh?

—No lo sé, —respondía enternecida, — Mi padre es un militar retirado del mundo.

—¿También muerto?

—No.

—Vamos, de la reserva del Este.

—Vive.

—¿Vive?

—Vive y es un anciano venerable, honrado.

La menor sospecha de una mancha en su límpido escudo, bastaría para precipitarle.

Y conestas excusas nunca permitía que subiese á su domicilio.

Pero llegó un día y llegó una hora en el reloj

de los tiempos, en que yo me aventuré á llegar á la puerta de aquel oasis.

Hacia dos días que mi amada Elena no asistía al teatro.

Pregunté al avisador y me dijo que mi niña rica estaba enferma.

No pude contener mis sentimientos.

—Corro á ver si puedo serla útil. Tal vez se agita en las convulsiones de la muerte, mientras yo me regodeo y vivo á gusto; ¿quién sabe si la horrible miseria la acecha?...

Por fin, se me ocurrió una novela por entregas.

Llegué á la casa atropellando por todo, llamé, se abrió la puerta, y...

Entonces entendí la causa de la desaparición de mi Elena.

Porque era ella la que abría.

¡Pero cómo tenía la cara de cardenales!

Aquella era otra mujer entre verde y sonrosada.

Lanzó un grito y volvió á cerrar la puerta.

—¡Huye, por Dios! —me dijo desde cajas; ó sea desde el ventanillo.

Y me aconsejaba bien, según me repitió la portera.

—Porque si él le pillá á usted le desarma completamente, como si fuera usted un muñeco.

—¿Quién es él? —pregunté.

—El... amigo... ese tío... Uno de consumos, según dicen; que la da cada paliza que la hace cantar en latín á la pobrecita. Como que sus compañeros se mudan y la dejan sola. Había arriba un vivero de tiples y ese bribón las ha desertado.

EDUARDO DE PALACIO

